

«Ya es tiempo, ¿no?». Trayectorias, deudas y futuros posibles de la historia y la historiografía de la dictadura militar chilena.

Entrevista a Verónica Valdivia

Marcelo Casals¹

Verónica Valdivia Ortiz de Zárate es una de las más destacadas exponentes de la historia política chilena. Su vasta producción historiográfica no es solo reflejo de trabajo metódico y sostenido por varias décadas, sino que también da cuenta de una especial habilidad a la hora de plantear preguntas historiográficas tan incómodas como pertinentes. Lejos de los consensos imperantes o las temáticas obligadas, la obra de Valdivia Ortiz de Zárate ha apuntado insistentemente hacia los puntos ciegos y los silencios forzados en la comprensión de nuestro pasado reciente. De allí que sus objetos de estudio hayan gozado siempre de una inquietante originalidad: grupos nacionalistas y corporativistas, derechas políticas moderadas y radicales, militares estatistas y otros no tanto, alcaldes derechistas y vinculados con el régimen, leyes de seguridad y represión estatal, prácticas y discursos anticomunistas desde el Estado y otros actores, etc. Como la propia Verónica reconoce, es posible que sus elecciones temáticas no le hayan granjeado simpatías entre aquellos que privilegiaban temáticas vinculadas a actores revolucionarios o populares, y sus respectivas prácticas de resistencia, que en las décadas siguientes al fin de la dictadura militar constituían la mayoría de quienes practicaban distintas variantes de historia política. La profesora Valdivia, quien no esconde su adscripción al campo político de la izquierda, no cejó en su afán de analizar actores y prácticas derechistas y autoritarias en distintos momentos del siglo xx chileno. No lo hizo por un mero afán de denuncia —tarea que no requiere el nivel de detalle e interpretación de sus investigaciones—, sino con la actitud que todo historiador debe tener: comprender, mediante un análisis sereno y ponderado, las trayectorias de actores políticos y sociales importantes en el devenir de procesos complejos de nuestra historia reciente.

Más allá de las recepciones e incomodidades que pudo haber generado la obra de Valdivia Ortiz de Zárate entre historiadores de su generación, lo cierto es que el conjunto de sus investigaciones se ha transformado en una referencia obligada para historiadores de generaciones más recientes, quizás en un grado mucho más alto de lo que la propia Verónica está dispuesta a admitir. Gracias a ella, un conjunto cada vez más amplio de historiadores jóvenes (o sub-40, para así contarme entre sus filas) hemos podido complejizar nuestra mirada de la historia reciente, cuestionar los temas e interpretaciones canónicas de distintas persuasiones y hacernos preguntas que no responden solo a la proyección de nuestras convicciones. Además, la obra de Verónica refleja el valor del libro como forma de exposición y análisis histórico, algo que lamentablemente es cada vez menos común de ver en el medio local dadas ciertas presiones y dificultades institucionales y la excesiva valoración del *paper* indexado en la academia actual. A lo largo de su carrera ha escrito cinco libros como autora única (Valdivia Ortiz de Zárate, 1992, 2003, 2008, 2017, 2021), otros cinco en colaboración

1 CIDOC, Escuela de Historia, Universidad Finis Terrae

con Julio Pinto Vallejos y otros historiadores de su equipo (Pinto Vallejos y Valdivia Ortiz de Zárate, 2001, 2009; Valdivia Ortiz de Zárate, Pinto Vallejos y Álvarez Vallejos 2006; Valdivia Ortiz de Zárate, Álvarez Vallejos y Donoso, 2012; Valdivia Ortiz de Zárate, Álvarez Vallejos, Pinto Vallejos, Donoso y Leiva, 2014),² y decenas de artículos y capítulos de libros relativos a sus sucesivos proyectos. Todos esos estudios se han transformado en referencias obligadas para el análisis y comprensión de la historia política contemporánea chilena, abarcando desde el populismo *alessandrista* de los años veinte hasta la transición democrática de los años noventa.

Una parte significativa de la obra historiográfica de Verónica Valdivia dice relación con la experiencia autoritaria de los años setenta y ochenta. Como la propia profesora Valdivia reconoce, aun cuando muchos de sus libros no aborden en forma directa el período, la inquietud política e intelectual estaba firmemente ligada a los problemas deducidos de la dictadura militar. Así, estudiar a los grupos nacionalistas, a la derecha política, a los militares o a grupos como la Milicia Republicana en distintos momentos del siglo XX tuvo relación directa con el decisorio movimiento de fuerzas ocurrido en el campo conservador en los setenta y ochenta, y la necesidad imperiosa —aunque no siempre compartida por otros historiadores— de entender de manera histórica, rigurosa y desprejuiciada esos fenómenos.

En el año del 50.º aniversario del golpe militar que destruyó el proyecto de la izquierda marxista y la democracia chilena, e instauró una violenta dictadura militar de ambiciones refundacionales, resulta necesario, creo, darles la palabra a aquellos intelectuales que han venido preguntándose de manera original y sistemática sobre las distintas dimensiones, raíces y legados del autoritarismo chileno. Verónica Valdivia encarna mejor que nadie esas características. En la conversación de las páginas siguientes —sostenida entre marzo y abril del 2023³— busqué equilibrar la conversación historiográfica con la propiamente política, dos dimensiones distintas, pero íntimamente imbricadas en las labores de cualquier historiador latinoamericano enfocado en las duras historias recientes de la región. Es un diálogo apenas introductorio de uno mucho más grande y de más voces sobre las historias e historiografías chilena y latinoamericana relativas a las distintas experiencias autoritarias y de violencia política de la Guerra Fría tardía. Cualquiera sean los caminos que la investigación histórica al respecto tome en el futuro, la obra, preguntas, inquietudes y miradas de Verónica Valdivia quedarán como referente obligado en la tarea sin fin de dotar de nuevos sentidos a los distintos pasados de nuestro presente.

Marcelo Casals (M. C.): La historiografía fue una de las últimas disciplinas en abordar la experiencia autoritaria chilena, después del periodismo, la sociología y la ciencia política. Quizás por ese afán tradicional de dejar pasar cierta cantidad de años para liberarse de las pasiones de su tiempo, o bien por las consecuencias que la represión militar tuvo en la historiografía, sus instituciones y exponentes, lo cierto es que es difícil hallar obras significativas hasta al menos inicios del siglo XXI, algo que por lo demás es coincidente con la agudización de las batallas por la memoria en el Chile de la transición desde los tiempos de la detención de Pinochet en Londres en 1998 (incluyendo en ello, por cierto, los debates disciplinarios en torno al período entre apologetas del régimen como Gonzalo Vial y sus críticos, nucleados en el Manifiesto de historiadores [Grez y Salazar, 1999]). Tú fuiste una de las primeras historiadoras en investigar de manera sistemática el período, al menos desde la época de El golpe después del golpe (Valdivia Ortiz de Zárate, 2003). ¿Cómo y por qué llegaste a la decisión de abordar ese período y de qué manera explicas ese inicio tardío de la reflexión historiográfica?

2 A ellos se le suman los tres volúmenes de reciente aparición de *Populismo en Chile. De Ibáñez a Ibáñez* (2023) escritos junto con Julio Pinto Vallejos, Sebastián Leiva, Karen Donoso y Teresa Gatica Pinto (nota de M. C.).

3 En sucesivas revisiones del texto resultante de nuestra conversación, tanto Verónica como yo agregamos algunas notas bibliográficas o clarificadoras. Cada una de ellas (empezando por la anterior) está identificada con nuestras respectivas iniciales (nota de M. C.).

Verónica Valdivia (V. V.): Me referiré a la historiografía chilena, porque entre los historiadores norteamericanos la producción comenzó antes, en los setenta y ochenta, con obras relevantes como las de Brian Loveman, *Struggle in the Countryside. Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973* (1976); Paul W. Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952*, que fue publicado en 1978, seguido de una segunda edición extendida y en español en 1992 (1978, 1992), y Peter Winn, *Weavers of Revolution. The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism* (1986).

En el caso de las ciencias sociales, tras el golpe sobrevivió Flacso, lugar donde sociólogos y politólogos comenzaron los estudios sobre las Fuerzas Armadas y el origen del golpe, en los que participaron investigadores como Augusto Varas, Felipe Agüero, Carlos Portales, Hugo Frühling, entre otros. Ello fue posible por el patrocinio y el financiamiento externo. Las universidades, que hasta entonces eran los centros de pensamiento, estaban intervenidas por los militares y muchas carreras de humanidades y ciencias sociales se encontraban cerradas. Las carreras de Historia fueron unas de las más golpeadas por la represión con posterioridad al golpe, vistas como antros marxistas y, si bien, no todas fueron clausuradas, sí se intervino sus currículums y se exoneró y exilió a numerosos académicos. Esta situación contribuyó a la parálisis productiva y el denominado «apagón cultural» de los años setenta.

En materia historiográfica, la tardanza para abordar la historia reciente tuvo relación con el estadio de la historiografía chilena de los años ochenta, centrada en la historia social, tras el impacto de la obra de Gabriel Salazar.

No hubo represión sobre la historia reciente de antes del golpe —prácticamente no existía—, sino sobre la historia social del movimiento obrero y del capitalismo, en la pluma de los historiadores marxistas más connotados de entonces: Hernán Ramírez Necochea, Marcelo Segall, Julio César Jobet, que historiaron los orígenes del movimiento popular y obrero en el siglo XIX y principios del XX. Solo el militante comunista —en su calidad de militante— Jorge Barría abordó la historia sindical de este último siglo a ese respecto.

La historia social, inaugurada por Gabriel Salazar en *Labradores, peones y proletarios* (1985) miraba al conflicto político de Chile, originado, a su juicio, en el quiebre social del siglo XIX. Aunque no estudiaba la dictadura propiamente tal o la historia reciente, estaba debatiendo sobre ella, al rebatir el argumento derechista-dictatorial de que el origen del golpe estaba en las reformas estructurales de los años sesenta (especialmente la reforma agraria) y en la Unidad Popular. La contraofensiva de Salazar proponía que el quiebre era muy anterior, histórico. Esa mirada, focalizada en el mundo popular decimonónico, dejaba el estudio específico de la historia reciente abandonada. Hay que considerar que se trataba de generaciones formadas por historiadores colonialistas. Si bien su segundo libro, *La violencia política popular en las grandes alamedas* (1990), inquirió sobre el siglo XX, su gran impacto estuvo en la historia social, focalizada en el bajo pueblo decimonónico, que se volvió «salazariana» y capturó a las nuevas generaciones. Las otras dos figuras historiográficas de los ochenta y los noventa, Gonzalo Vial y Alfredo Jocelyn-Holt, también buscaban una respuesta para el golpe y el autoritarismo en Chile, pero, al igual que Salazar, se concentraron en el siglo XIX. Vial inició una historia general del siglo XX, pero que solo alcanzó sus primeros tomos, analizando el período 1891-1938, aunque publicó una historia del siglo XX en fascículos en la prensa derechista. Los libros más importantes de Jocelyn-Holt se referían a la Independencia y las décadas que le siguieron en el siglo XIX. Su libro sobre la historia reciente chilena, *El Chile perplejo* (1998), no tuvo secuela y luego de eso se volcó a la realización de una historia general de Chile, aunque solo ha historiado la conquista y la época colonial.

Hubo algunas salvedades respecto de esta trayectoria historiográfica, como el libro de Mario Góngora sobre el Estado y el conflicto político chileno, el *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile* (1981), y la visión panorámica del siglo XX, tipo manual, de las/os jóvenes historiadores de la Universidad Católica, titulado *Chile en el siglo XX* (Aylwin et al., 1985). Aun así, la historia reciente chilena, de estudios monográficos interesados en las izquierdas de los 1960 o el autoritarismo, la violencia política, los grupos de ultraderecha,

etc. comenzó en los 1980, aunque, en el caso de estos últimos, mirada desde los estudios de la década de 1930, época en la que aparecieron grupos fascistas y militarizados, como el de Carlos Maldonado *La Milicia Republicana. Historia de un ejército civil en Chile* (1988) y los trabajos sobre las derechas de Andrés Benavente (especialmente *La derecha política en el régimen militar* [Benavente Urbina y Araya, 1981] y *La alternativa nacionalista en el régimen militar* [Benavente Urbina, 1982]), muy ligados, estos últimos, al debate interno de la Democracia Cristiana, sin repercusión historiográfica posterior. De hecho, nunca se publicaron como libro, solo quedaron como manuscritos. Igualmente, debe mencionarse la notoria excepción de Joaquín Fermandois en su obra *Chile y el mundo, 1970-1973: la política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (1985) y de Sofía Correa sobre la derecha liberal-conservadora del siglo XX, en formato de artículos, porque su libro recién apareció muchos años después bajo el título *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX* (2005).

En mi caso, partí por estudiar la Milicia Republicana en un libro publicado con el título *La Milicia Republicana: los civiles en armas, 1932-1936* (1992) y los grupos nacionalistas y fascistas que derivaron de ella y otras vertientes. No estudiaba la dictadura, pero sí me inmiscuí, desde otro período histórico, en los acalorados debates de esos años sobre la salida de la dictadura, ya fuera por una vía pacífica o armada. La Milicia Republicana, una agrupación militarizada, creada para contraponerse a los golpes militares que ocurrieron en los años veinte y estabilizar institucionalmente al país, me servía como lente para analizar históricamente el proceso de redemocratización de ese momento e implícitamente el que vivía Chile en los años ochenta. Si bien este libro se publicó en 1992, su investigación y primera versión, como tesis de Magíster, fue de fines de los ochenta, defendida en 1989. Mis trabajos posteriores, en los años noventa, sobre los movimientos nacionalistas en el siglo XX, llegaron hasta el golpe de 1973, incursionando ya en la historia reciente, inquiriendo cómo esos grupos antidemocráticos se mantuvieron por décadas, sus vínculos con las Fuerzas Armadas y su influencia en el golpe de 1973. Fue desde esa perspectiva que llegué a estudiar la dictadura, pero antes de la detención del general Pinochet en Londres y antes de que la historia reciente comenzara a irradiar su influencia historiográfica sobre las jóvenes generaciones. Fueron mis propios estudios sobre las derechas los que me condujeron al golpe y la dictadura, porque ellos develaron una estrecha relación entre los grupos nacionalistas y franquistas con el Ejército, desde la década del cuarenta. Fueron los nacionalistas quienes argumentaron primero a favor de una función sociopolítica para las Fuerzas Armadas y todas las conspiraciones militares, entre 1938 y 1973, contaron con la participación de las derechas nacionalistas.

Mi decisión de estudiar a los grupos de ultraderecha, en parte provino de mi origen familiar, pues casi toda mi familia, tanto materna (franquistas acérrimos) como paterna, eran y son de derecha y bien a la derecha, muy anticomunistas. Aunque era una adolescente, los vi actuar en la oposición a la Unidad Popular y a favor de la dictadura, incluso colaborando con ella en las áreas sociales y plebiscitos que buscaban «legalizar y legitimar» el poder y personalismo de Pinochet. Quizá por eso desarrollé cierta sensibilidad en observarlas, detectar ciertos aspectos de su historia. Pero, sin duda, mi interés pionero por la historia reciente se relacionó con mi vivencia de la Unidad Popular, el golpe y la dictadura. Desde el comienzo de mi formación histórica en la universidad, supe que mi interés era el siglo XX y, en particular, desde los años sesenta, aunque no era esa la tónica de los currículums de las carreras de historia en la época, pero, curiosamente, logré hacerlo en la Universidad de Santiago de Chile de los años ochenta y comencé mi análisis por la década de 1930 y los grupos nacionalistas, corporativistas, primero fascistas y luego franquistas.

El Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile, en los años ochenta, tuvo una trayectoria curiosa. La dictadura cerró las carreras de ciencias sociales y las pedagogías, vistas como centros marxistas; el pregrado de Historia vivió esa experiencia a comienzos de esa década. Sin embargo, bajo el rectorado del general de Ejército, Brigadier Jorge O’Ryan —exdirector de la Dirección Nacional de Inteligencia del Ejército— llegó un grupo de la Secretaría Nacional de los Gremios, nacionalistas filofascistas, entre ellos José Ramón Molina, uno de sus exponentes, quien proyectaba un centro de estudios

humanísticos de derecha. Aprovechó la incubación de la ley de posgrados para reemplazar los pregrados por los magísteres (o maestrías). Eso les brindó la cobertura institucional a los magísteres en humanidades, dentro de los cuales se creó el de Historia. Paradójicamente, los académicos que nutrieron ese Programa eran de izquierda, algunos exiliados u otros que estudiaron en Europa, Estados Unidos y Canadá, además de importantes y reconocidas figuras del ámbito historiográfico nacional, como Rolando Mellafe, Álvaro Jara y Armando de Ramón. Estos historiadores ayudaron a legitimar un magíster en Historia en una universidad que no tenía tradición de investigación historiográfica. Esto explica que la perspectiva no fuera derechista, sino enfocada en la historia económico-social decimonónica, pero especialmente propicia a explorar nuevas temáticas, abriéndose a la historia del siglo XX, chileno y latinoamericano. Ese fue el marco que me permitió contactarme con el historiador norteamericano Paul Drake, a quien conocí en 1987, y desarrollar cursos y trabajos de investigación sobre el siglo XX chileno, cuyo punto de llegada fue mi tesis de maestría sobre la Milicia Republicana.

En ese sentido, mi historia familiar, mi trayectoria universitaria y mis propias investigaciones sobre las derechas radicales me condujeron a la dictadura. Titulé uno de esos primeros trabajos *Camino al golpe: el nacionalismo chileno a la caza de las Fuerzas Armadas* (1996), que reconstruía la última fase del acercamiento entre esos grupos franquistas y las fuerzas militares para dar el golpe.

Por otra parte, también influyeron algunos recuerdos propios del período posgolpe. Por ejemplo, la figura del general Oscar Bonilla (de las líneas estatistas, antineoliberales dentro del Ejército), seguido por las cámaras de televisión en las poblaciones de pobres urbanos, en algún sentido guiaron mi mirada en las conspiraciones militares de los años cincuenta (sobre todo en el caso de mi trabajo titulado *Nacionalismo, ibañismo, Fuerzas Armadas. Línea Recta y el ocaso del populismo* [1997]), que me llevaron directamente a mi segundo proyecto, en concurso público nacional, con financiamiento estatal (1999-2001), centrado en la dictadura, que buscaba analizar la pugna interna entre oficiales estatistas y neoliberales durante los primeros siete años en el poder para, de ese modo, rebatir la tesis derechista dictatorial de la hegemonía neoliberal y antiestatista del conjunto de las Fuerzas Armadas antes del golpe. *El golpe después del golpe. Leigh vs. Pinochet. Chile 1960-1980* (2003) reconstruyó la pugna en torno al proyecto dictatorial, entre quienes buscaban reponer el Estado anterior a 1973, con mayor énfasis en el mercado, pero conservando su sentido de responsabilidad social y que abogaban por mantener la Constitución de 1925, representados por el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, General Gustavo Leigh Guzmán, y la opción neoliberal liderada por el general Pinochet, que derivaría en una nueva institucionalidad autoritaria-neoliberal, consagrada en la Constitución de 1980.

M. C.: Es cierto que la historiografía sobre la experiencia autoritaria chilena —o, de manera más amplia, el ciclo revolución/contrarrevolución, para incluir a la Unidad Popular— empezó antes en el extranjero, sobre todo en la academia norteamericana. Eso, como siempre, tuvo que ver con las condiciones en que esos estudios se desarrollaban: la solidaridad internacional y el enorme impacto global de la experiencia chilena en comparación con la difícil situación institucional de la historiografía chilena durante dictadura (exilio, intervención de las universidades, censura, «apagón cultural», etc.). Imagino que eso también tuvo que ver con las opciones de Salazar y la historia social (entre muchos otros) de retrotraer la mirada más hacia atrás, para articular una crítica histórica al autoritarismo desde espacios no tan explícitamente contingentes.

Con todo, desde principios del siglo XXI, más o menos, la historiografía al interior de Chile ha empezado a analizar de manera directa la dictadura militar. Puede que El golpe después del golpe no sea el primero en términos cronológicos —depende, por supuesto, qué entendemos por historiografía, y esos límites no son siempre claros—, pero sí me parece que fue el primer libro de una historiadora profesional en poner un cierto contrapunto a las interpretaciones y visiones más comunes sobre el período que veían a la dictadura como un solo gran bloque. Allí dejaste en claro que el régimen no tenía una idea acabada sobre su proyecto refundacional desde un principio, y que ese proceso fue parte de una lucha política intrainstitucional, que se desarrollaba en paralelo tanto a la represión a la izquierda como a lo que mucho tiempo después llamarías «guerra social» de la dictadura. ¿Crees que ese tipo de visiones que complejizan

nuestra historia reciente ha guiado la producción historiográfica posterior? ¿Cuáles crees que han sido los principales avances y vacíos de la historiografía sobre el período revolución-contrarrevolución —nuestra «historia reciente»— en Chile durante los últimos veinte años más o menos?

V. V.: Peter Winn hizo la misma apreciación respecto de mi libro *El golpe después del golpe*, durante la conmemoración de los cuarenta años del golpe en su conferencia en el GAM,⁴ como la primera historiadora profesional que historiaba la dictadura. Me parece que ese libro tiene el mérito de apostar por una mirada desprejuiciada, haber estado abierta a mirar históricamente, sin conclusiones ya preconcebidas y tratar de comprender las concepciones militares, que llevaron al golpe, la naturaleza de la represión y la vía proyectual elegida. Lxs historiadores entre los que yo circulaba las concebían solo como fuerzas represivas, sin que hubiera mucho que reflexionar y tenían la atención puesta exclusivamente —hasta hoy— en las víctimas de la dictadura, en específico el mundo popular y sus fuerzas políticas resistentes. En ese sentido, al comienzo mi apuesta fue bien marginal, sin con quien dialogar. Mi grupo inicial estaba conformado por los jóvenes historiadores Rolando Álvarez y Eduardo López, y por su cercanía, Julio Pinto, con quien siempre hemos compartido nuestros respectivos quehaceres.

Por otra parte, la historia reciente aún no se había instalado y era resistida por lxs historiadores más convencionales. Un ejemplo de ello fue la deriva de mi proyecto Fondecyt⁵ «El ocaso del populismo militar», que se transformó luego en *El golpe después del golpe*. Yo lo envié al Grupo de Estudio de Historia, sin embargo, gané por el Grupo de Estudio de Ciencia Política, porque el de Historia consideró que su temática —historia reciente— no era historia, sino ciencia política. En consecuencia, ya fuera porque la historiografía de punta en los años ochenta y noventa se concentraba en lo social-popular o porque la historia reciente no era considerada historia, el impacto de mi trabajo fue limitado. Aun así, los dos proyectos Fondecyt que gané antes de los dos mil eran de historia reciente, el primero sobre los grupos nacionalistas entre 1952 y 1973, y el ocaso del populismo militar. En otras palabras, a pesar de las dificultades a que se enfrentaba la historia reciente, el espacio comenzó a abrirse lentamente.

Pienso que mis estudios colaboraron a relegitimar la historia política en un momento de fuerte desprestigio por sus antecedentes positivistas e institucionalistas, y de hegemonía de la historia social decimonónica. Persistí en mi convicción sobre la inconveniencia de seguir las modas historiográficas y concentrarme en lo que, a mi criterio, era necesario para entender la trayectoria golpista-represiva-neoliberal a la que llegamos. Desde ese punto de vista, ayudé a refundar la historia política, como Nueva Historia Política, abriendo campo a la historia reciente, proceso continuado con las influencias extranjeras y la arremetida por las subjetividades y el testimonio.

Considerando que no me aboqué al estudio de un solo sujeto histórico, sino al amplio abanico de las derechas —radicales, institucionales, etc.— y que avancé en el tiempo hasta los gobiernos de la Concertación, inmiscuyéndome en las administraciones municipales y la «alcaldización de la política»,⁶ mis trabajos han ejercido una dilatada influencia, fundamentalmente entre las generaciones más jóvenes, las que estaban escribiendo para el Bicentenario y la década del 2010. Una gran mayoría de ellas/os se abocaron al período

4 Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM). En su origen fue el edificio construido por el gobierno de Salvador Allende para la UNCTAD III, Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y Desarrollo, en 1972; luego fue ocupada por las Fuerzas Armadas golpistas y bautizado como Edificio Diego Portales, nombre de un personaje histórico ligado al pensamiento autoritario. El gobierno de Michelle Bachelet (2006-2010) decidió recuperar el sentido original que se le daría tras el fin de la UNCTAD III, un centro cultural. Fue rebautizado como Gabriela Mistral, una poetisa chilena, ganadora del Premio Nobel de Literatura en 1945. El GAM sintetiza parte importante de la historia reciente de Chile (nota de V. V.).

5 Fondo Nacional de Investigación de Ciencia y Tecnología (Fondecyt), financia proyectos de investigación individual. Es parte de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo, equivalente al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas argentino (nota de V. V.).

6 Verónica se refiere a su libro escrito junto con Rolando Álvarez Vallejos y Karen Donoso titulado *La alcaldización de la política: los municipios en la dictadura pinochetista* (2012) (nota de M. C.).

anterior al golpe 1967-1973, en especial de la izquierda armada, como también a los años de la Concertación y su carácter de posdictadura, ya fuera desde la historia sindical, educacional o de partidos, inspirándose en algunos conceptos articulados por mí. No ha habido el mismo interés por estudiar la dictadura, el proceso ha sido más lento y con un número pequeño de investigadores, y se ha focalizado en algunos temas de derechos humanos y represión, habiendo extensos ámbitos abandonados, salvo tu trabajo sobre las clases medias, una excepción (Casals, 2023).

Yo diría que esa mirada más desprejuiciada y centrada en nuestros adversarios y en diálogo entre sujetos no tuvo seguidores hasta mucho tiempo después. La historiografía sobre la izquierda explotó desde los años dos mil, especialmente entre la generación que seguía a la mía, centrada en parte en la historia del Partido Comunista, el impacto represivo tras el golpe, su reconstrucción «desde las sombras» y su historia posterior. Ese fue el caso del libro de Rolando Álvarez Vallejos *Desde las sombras. Un estudio de la clandestinidad comunista (1973-1980)* (2003). Rolando, por supuesto, estuvo influido por mis perspectivas historiográficas. Con todo, el énfasis más marcado ha estado en los estudios sobre el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y su opción armada, fuertemente reprimido por los organismos de seguridad dictatoriales. Esos estudios estuvieron muy influidos por la lógica testimonial y los estudios de memoria. Se han escrito decenas de tesis, artículos y libros al respecto, aunque siempre desde una óptica muy endogámica, centrada en sí mismos y sus luchas, con casi nulo diálogo con los adversarios, de derecha y de izquierda, algo que también ha ocurrido respecto de la historia sobre los pobladores.⁷ Han sido los «gritos» historiográficos, en el sentido de los más estudiados.⁸ Si bien el aporte de estos trabajos es innegable, pues desenterraron el accionar militar tras el golpe, cuestionando la versión oficial pinochetista, y ha alimentado la memoria social, tiene dificultades para analizar el conflicto, dando cuenta de los demás sujetos en pugna. La historia de la izquierda no se agota en sí misma, sino en la lucha con sus oponentes, en los espacios en que se desarrolla la contienda. Ignorar al adversario tiene el efecto de mantener las imágenes caricaturescas, que poco aportan. Me parece que se han llenado importantes lagunas en materia del devenir de la izquierda surgida en los sesenta, pero quedan muchos temas aún por investigar, aunque con la relativa excepción de los estudios sobre el Partido Comunista. Esta posición, tal vez, conspiró en una aceptación más temprana de mi trabajo entre los círculos de historiadores de izquierda, de mi generación. Ella se ha producido en los últimos años, especialmente después del estallido social, cuando los debates sobre la derecha y la represión estatal se actualizaron. En la práctica, encontré a mis interlocutorxs en el exterior. Creo que 2008 representa un año bisagra en ese sentido, porque fui invitada a un gran congreso que se desarrolló en Alemania, en 2009, como conmemoración de los veinte años de la caída del Muro de Berlín: 1989 como un año expresivo de procesos de gran envergadura, como la represión en la plaza de Tiananmen o los diez años de la Revolución Iraní. Fui invitada a la mesa de América Latina, junto a Margarita López Maya, quien abordó el «Caracazo» de 1989 y Beatriz Sarlo, que ofreció una mirada cultural del período. Yo reflexioné sobre el experimento neoliberal chileno, en debate con las apreciaciones de Naomi Klein en la *Doctrina del shock* (2007). Al año siguiente me contactó Stéphane Boisard, entonces en París, para un dossier sobre las dictaduras del Cono sur que preparaba, y participé por primera vez en las Jornadas de Historia Reciente, que se realizan en Argentina, incorporándome a la red de estudios de las derechas y de la dictadura con mis colegas sudamericanos, argentinas/os, uruguayas/os, brasileñas/os, con quienes participo en los debates disciplinarios y de quienes me he nutrido para mis investigaciones de la última década. Las enriquecedoras conversaciones y los trabajos de Ernesto Bohoslavky, Magdalena

7 En Chile, los «pobladores» son los habitantes de las «poblaciones», barrios periféricos e informales, muchos de los cuales nacieron de «tomas» de terreno desde finales de los años cincuenta en adelante. Allí se concentraban tanto la pobreza y la exclusión como la organización de base (en muchas ocasiones de raigambre cristiana) y el activismo político de izquierda y de centro. El estudio paradigmático al respecto sigue siendo el de Mario Garcés (2002) (nota de M. C.).

8 Me refiero a mi artículo «Gritos, susurros y silencios dictatoriales. La historiografía chilena ante la dictadura pinochetista» (Valdivia Ortiz de Zárate, 2018) (nota de V. V.).

Broquetas, Marina Franco, Gabriela Águila, Rodrigo Patto Sá Motta, Daniel Lvovich, Aldo Marchesi, Laura Rodríguez, Gabriela Gomes, Jaime Jaffé, Enrique Serra Padrós, entre otros, han iluminado mi comprensión de la historia reciente chilena y del Cono sur.

Esta influencia relativa queda de manifiesto en el caso de los pilares de la dictadura, es decir, sus partidarios, quienes le aportaron parte sustancial de su proyecto, propaganda, proyección política y base social. El campo no ha tenido mucho desarrollo en Chile, no ha concitado interés, mientras que se insiste en una versión casi unívoca de resistencia (Bastías Saavedra, 2013). O bien, se levanta un imaginario idílico de comunión con amplios sectores sociales (como en el caso del libro de Gonzalo Rojas Sánchez, *Chile escoge la libertad. La presidencia de Augusto Pinochet*, [1998]). Tu caso es una excepción. En relación con las derechas ha habido algún desarrollo, como lo demuestra el trabajo de Carolina Pinto UDI. *La conquista de corazones populares (1983-1987)* (2006), aunque no publicó otras investigaciones después de esta.

Quizá como parte de un momento de recambio epocal y generacional, las/os jóvenes han sido más receptivas/os. Ejemplo de ello son los estudios de la política municipal, la idea de «alcaldización de la política» que articulé, pero trabajados para los gobiernos de la Concertación y de Sebastián Piñera. Esa alcaldización de la política buscó erosionar la función de los partidos y fortalecer el quehacer político local, acentuando las relaciones de clientelismo y alejando a la población de los debates proyectuales. Este tema lo estudiamos para la dictadura junto a Rolando Álvarez y Karen Donoso (2012). Posteriormente, Rolando y yo continuamos esos estudios para los años noventa y el primer lustro del siglo XXI, corroborando el carácter posdictatorial del período, a través del estudio del accionar alcaldicio de algunos municipios. Un discípulo de Rolando —y en algún grado mío—, Aníbal Pérez Contreras, lo ha continuado para los años dos mil en dos publicaciones: *Clientelismo en Chile* (2020) y *La UDI tras el telón* (2016). En este caso, en particular, es posible que se genere un pequeño campo, entre los ayudantes de este investigador. Algo también se ha avanzado en los organismos dictatoriales dirigidos hacia el mundo popular, especialmente las pobladoras, lo que en otros trabajos llamé «la guerra social de Pinochet» (Valdivia Ortiz de Zárate, 2010, 2015). Se han continuado estudiando las influencias ideológicas, especialmente del franquismo español en la Secretaría Nacional de la Mujer, aunque todavía solo a nivel de artículos (Grez-Cook, 2022). Un área que también se está desarrollando es el impacto dictatorial en la educación, tanto a nivel curricular como respecto de los profesores (Matamoros Fernández, 2017), que se han alimentado de mis trabajos. En relación con la influencia de *El golpe después del golpe*, fue bastante más limitada, por el rechazo a estudiar a las Fuerzas Armadas. Un discípulo mío analizó la comandancia en jefe del general Juan Emilio Cheyre, durante el gobierno de Ricardo Lagos y el proceso despinochetización del Ejército (Seguel Rojas, 2011, 2016), pero no continuó esta senda, porque se dedicó a temas educacionales. En la actualidad hay otro joven investigador que se está concentrando en la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) y los primeros años de la represión dictatorial. Con él se augura con un trabajo de más largo plazo (Seguel Gutiérrez, 2022). También acaba de aparecer en español el libro de Leith Passmore *La guerra dentro de los cuarteles. Recordando el Servicio Militar durante la dictadura en Chile* (2023), aunque Leith se ha estado dirigiendo, después de esa investigación, a áreas sociales actuales. También ha habido avances en los ámbitos culturales (Albornoz, 2014; Donoso, 2019), pero no como área de trabajo permanente.

En ese sentido, la historia reciente se consolidó como campo de estudios, pero el de la dictadura ha sido más lento, con altos y bajos, con fuertes vacíos en las lógicas dictatoriales y el amplio radio en el cual se desplegó. Me parece que el mayor interés está en lo más actual, considerando la crisis política que vive el país.

M. C.: Coincido con el diagnóstico general. La dictadura es un período que inevitablemente habita en las memorias sociales, la discusión pública, las representaciones artísticas, etc., pero en el ámbito propiamente historiográfico su desarrollo ha sido desigual. A mí me sigue impresionando, por ejemplo, que aún no tengamos un libro de síntesis

sobre la dictadura hecho desde la historiografía.⁹ Lo que más se acerca a eso es *El régimen de Pinochet de Carlos Huneeus* (2000), pero no solo el texto tiene más de veinte años, sino que su impronta politológica es bien marcada. Quizás aún no hemos llenado todos los vacíos monográficos como para elaborar una síntesis, o quizás un proyecto de esa naturaleza aún implica muchos riesgos dada la fuerte presencia de la memoria del período autoritario en la política contingente, no lo sé con seguridad. Quizás sea una tarea para la generación de historiadores en la que me inscribo y de la que mencionaste muchos nombres, es decir, aquella que nació en los años ochenta y que su experiencia directa del período fue en la primera infancia.

V. V.: Me parece que su ausencia es demostrativa de nuestra historiografía, tan desequilibrada, como explicaba antes, que se concentra en algunos temas, abandonando otros tantos. En ese sentido, carecemos del conocimiento necesario para intentar una visión global. La interpretación de Huneeus, además de politológica, está muy concentrada en los temas básicos de la dictadura, los cambios estructurales y un poco la propaganda del régimen entre mujeres y jóvenes. Va por arriba.

Con Rolando intentamos, hace unos años, escribir una síntesis, desde una óptica más bien social, pero al momento de hacer el índice temático de lo que incluiríamos como capítulos, nos dimos cuenta de que no teníamos la información necesaria para trabajar. En realidad, había muchos aspectos inexplorados. Hacerlo implicaba numerosas investigaciones previas. Por eso abandonamos el proyecto. Para entonces ya estábamos trabajando los gobiernos de la Concertación, no teníamos tiempo.

Estas carencias son coherentes con el poco desarrollo que tiene el campo historiográfico de la dictadura. Por ejemplo, en materia represiva, aún solo contamos con los análisis generales que se hicieron a fines de los ochenta y durante la década del noventa, incluyendo lo aportado por el Informe Rettig, sobre detenidos desaparecidos, pero no se han desarrollado estudios sobre el sistema represivo, como los desplegados en Argentina. Hay muchos aspectos desconocidos. Como mencioné antes, un joven investigador está trabajando sobre la DINA y los agentes de la represión, pero es un caso aislado y reciente.

Respecto de este mismo tema, aparte del poco interés, hay serios problemas con las fuentes, porque los accesos a los archivos dictatoriales de la represión están vedados, se han rescatado unos pocos, como el de Colonia Dignidad, o alguna información que encontró un periodista en el Archivo de Relaciones Exteriores y que donó a una universidad —eso ocurrió hace pocos años y fue perseguido por la justicia—, o lo que han reunido las organizaciones de derechos humanos. Otra periodista logró ver los archivos del Consejo de Seguridad Nacional, pero tuvo que apelar a los tribunales y después de muchas peleas, la autorizaron. Un archivo importante es el del Museo de la Memoria. El trabajo de investigación periodística, encabezado por Mónica González, ha rendido frutos, pero su radio es limitado, en relación con las dimensiones del problema. Peor aún, la información recopilada por el Informe Valech, sobre represión política y tortura (Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, 2005) quedó con resguardo de cincuenta años y, por tanto, no se puede acceder a ella.

Algo similar ocurre con los archivos que permitirían conocer más a fondo el trabajo de la dictadura entre los pobres urbanos. Los archivos del Ministerio Secretaría General de Gobierno, que fue desde donde emanó el adoctrinamiento y la guerra psicológica, nunca llegaron al Archivo Nacional. Al abandonar las esferas de poder, las Fuerzas Armadas y sus colaboradores se fueron con la documentación. De igual forma, hay serios problemas con los archivos municipales. La dictadura desconcentró las políticas, radicándolas en la cúpula, y entregó solo la ejecución, parcelada, a las autoridades que dependen del Ejecutivo. Por tanto, las decisiones se toman en la cúpula del poder, siguen al ministro del Interior, el Intendente (hoy delegado presidencial), quien ejecuta una parte, de allí a gobernadores y de ahí al municipio, que despliega las políticas sociales, pero decididas arriba. Por eso la información municipal es muy útil para investigaciones en la base. No obstante, el

9 En otros países de la región es posible encontrar obras de ese tipo. Un libro reciente y especialmente bien logrado al respecto es el de Gabriela Águila (2023) para el caso argentino (nota de M. C.).

acceso al material depositado allí (documentos, informes, etc.) está entregado a la voluntad de los alcaldes o el personal municipal, que, generalmente, es adverso y niega su existencia. Cuando trabajamos con Rolando el tema municipal para la dictadura, solo accedimos a información pública y luego, cuando abordamos el período de la posdictadura, apelamos a la Ley de Transparencia y la respuesta de la mayoría de los municipios fue que los archivos habían sido destruidos, ya fuera por incendio o inundación. En el caso del municipio de Santiago, el alcalde de entonces —Pablo Zalaquett, 2008-2012— nos impidió la entrada y nos entregó un par de CD con información seleccionada por él o algún funcionario municipal.

En realidad, esta es la tónica de los archivos en Chile. Por ser un país tan centralizado, la información política depende del Ministerio del Interior y desde allí, como señalé, las intendencias y gobernaciones, todos los cuales están semiperdidos. En el caso del Ministerio del Interior, si bien ese material siempre fue purgado, hasta mediados del siglo XX se encontraba información bastante útil, conservándose informes confidenciales. Pero desde 1948 (fecha de la ley que proscribió al comunismo), la documentación se hace cada vez más intrascendente, especialmente para el período de la historia reciente. El incendio en La Moneda durante el golpe de 1973 destruyó parte importante del archivo del Ministerio del Interior y luego vino la dictadura. Peor aún, ese secretismo y ocultamiento se mantuvo como política durante los gobiernos de la Concertación. Por eso, para la historia reciente el Archivo Nacional cuenta con información limitada, a ratos irrelevante. La mayoría de los repositorios de las intendencias para el siglo XX están perdidos. Los archivos personales, como el del ex Presidente Patricio Aylwin, parece haber sido bien depurado antes de su digitalización y publicación, y lo mismo ocurre con otros archivos de dirigentes políticos.

Pero los vacíos más grandes están en la reconstrucción socioeconómica que ocurrió durante el régimen, porque abarca múltiples dimensiones. Considerando el vasto impacto de las tendencias historiográficas que ponen el acento en las subjetividades, se ha producido un énfasis en lo testimonial, en particular de la militancia de la izquierda armada, y un abandono significativo en temáticas económicas, más allá de la transformación estructural, relativa a grupos sociales que se modificaron fuertemente, por ejemplo, los comerciantes, medianos y pequeños empresarios; o el consumo, una dimensión casi en pañales. Lo mismo en áreas como la educación, la familia, la sanidad, los gremios, etc. Hay algunas investigaciones, pero muchas veces la óptica no varía, porque las preguntas tampoco lo hacen o prevalecen las preconcepciones. De este modo, plantearse una síntesis es complejo.

Obstáculo similar provocan las condicionantes que se están imponiendo a los testimonios, con el consentimiento informado. Toda investigación que emane de entrevistas, debe tener, como es lógico, el consentimiento del/la testimoniante. Sin embargo, ello se ha traducido en exigencias cada vez mayores, incluyendo no poder ser depositados en los archivos o la destrucción de los audios, luego del uso académico de ellos. En otros casos, se ha producido el retiro del testimonio, por arrepentimiento de la persona, a pesar de haber dado ya su consentimiento, u otros que pretenden decidir qué investigadores lo usarán.

Todo esto atenta contra el desarrollo del campo y la posibilidad de avanzar hacia una mirada holística.

M. C.: Como sea, al parecer las necesidades de conocimiento histórico complejo y matizado avanzan más rápido que la capacidad de producción de nuestro gremio. En unos meses se cumplirán cincuenta años del golpe de Estado y como todo aniversario «redondo» va a motivar conmemoraciones de todo tipo, desde el Estado a la sociedad civil, reavivando las luchas por la memoria que han marcado nuestro último medio siglo ¿Cómo crees tú, como historiadora, pero también como ciudadana, que debemos recordar hoy nuestra historia reciente, es decir el ciclo revolución-contrarrevolución?

V. V.: ¿Cómo separar la ciudadana de la historiadora? Desarrollé un tipo de historiografía por mi vivencia de la historia reciente.

Es complicado plantear una imagen que abarque los períodos tan marcados que conforman, para Chile, el ciclo revolución-contrarrevolución, porque fueron muy distintos. La Unidad Popular dio lugar a una

contienda que ocurrió a la luz del día, con toda la sociedad movilizada, no armada, frente a la opacidad de la noche durante la dictadura —todo lo que intentaba ocultar— y sus fanfarrias estridentes, carentes de democracia.

Como ciudadana, tal vez debiéramos recordarlo como la confrontación entre los afanes y presiones por democratizar, en oposición a un tiempo dirigido a elitizar, centralizar y excluir.

Por supuesto, esta es una opinión desde mi posición a la izquierda del espectro político. Sé muy bien que para quienes colaboraron con la dictadura fueron los años más felices de sus vidas, y están aún convencidos de que hicieron mucho por los pobres y de que las acusaciones de violencia no eran ciertas o del todo ciertas. Su memoria no está allí, pero tampoco en el alto grado de politización que experimentaron, idealizando su participación como apolítica.

Yo he sido una historiadora que dedicó su carrera a tratar de entender lo ocurrido, buscando escudriñar el pensamiento y accionar del adversario para alimentar la memoria social. Desde ese punto de vista, me parece que deben enfatizarse aspectos definitorios de esos dos períodos claves de nuestra historia.

Respecto de la Unidad Popular destacaría el constituir un proyecto de democratización, rompiendo las fronteras que la contenían, como planteó Juan Carlos Gómez Leyton en *La frontera de la democracia* (2004), y de integración real del mundo popular. Por primera vez hubo importantes grados de «plebeyización social y cultural», algo que desató las furias de quienes conservaban una mirada oligárquica de nuestra sociedad. Me parece que debe ser recordada como un período de cambio profundo, pero no alocado, sin pasado, sino como maduración de procesos de larga duración, de construcción de sujetos, proyectos y sueños en las décadas anteriores, de búsqueda de derechos para la gran mayoría. A ese prisma debe añadirse el menos grato de la guerrilla política, dañina, que se usó, más tarde, como «prueba» de delitos, enunciados solo discursivamente. Debe tenerse conciencia que se peleaba por cuestiones profundas, que involucraban la propiedad y la transferencia de poder a otros grupos subalternos. De ahí el atrincheramiento en las posiciones y las limitaciones de un diálogo fecundo.

Respecto de la dictadura, creo que debemos recordarla como un momento de quiebre profundo, por su violencia desconocida y brutal, porque, aunque hubo bastante coerción estatal durante el siglo XX, ella se mantuvo dentro de ciertos límites, en manos de la policía y con limitaciones legales y políticas. La violencia dictatorial no representó una línea de continuidad, sino una ruptura feroz, por su legitimación del uso de un tipo de fuerza ilegal, desconocedora de los derechos humanos, por su maquinaria de tortura y muerte, la arquitectura de soplaje y delación que organizó y atravesó a la sociedad, la parálisis social por miedo. En segundo lugar, rememorarla como la destrucción del Estado de todas y para todos que, con todas sus limitaciones, encarnó la fase anterior, pre-1973; el tiempo del neoliberalismo, como sinónimo de desigualdad, explotación, abuso, pobreza rayana en la indigencia de la mayoría y la riqueza exacerbada de una minoría, el endeudamiento como realidad cotidiana, la indiferencia individualista. Un disciplinamiento por terror, hambre, desempleo o, en algunos segmentos, una mejoría social que no se deseaba perder. Como su contracara, una modernización asentada —aunque no reconocida— en las transformaciones estructurales hechas por el ciclo reformista y revolucionario anterior, del que profitó, reconectando el país con los circuitos comerciales internacionales y sirviendo como experimento del neoliberalismo, pero a costa de una involución desindustrializadora y antidemocrática. Con todo, no debe olvidarse que la dictadura trabajó por ser «popular» y consiguió el apoyo de algunos sectores populares, sostenidos en la posdictadura en el clientelismo alcaldicio. Debe recordarse que fue una dictadura que modificó la cultura, naturalizando la indiferencia social como un sentimiento y una práctica común, legítima. El individualismo competitivo e indiferente como un legado persistente.

M. C.: Como dice el viejo adagio gremial, toda historia es historia presente. ¿Qué nos puede decir hoy la experiencia de la Unidad Popular y de la dictadura en tiempos de crisis, cambio, incertidumbre y confusión que ha marcado la situación de nuestro país desde el «estallido social» de 2019?

V. V.: Hoy, como ayer, estamos debatiendo acremente sobre el país que queremos. A diferencia de entonces, no tenemos proyectos, ni ellos ni nosotros. Algunas ideas de bienestar general entre la nueva izquierda, pero sin referentes, como lo fue el marxismo o el neoliberalismo para la derecha, en declinación, porque no existen. Lo que estamos viviendo son etapas de un proceso más grande: la transformación del país y por eso la incertidumbre y los cambios reiterados, con avances y retrocesos, se mantendrán hasta que se establezcan algunas líneas gruesas que permitan ir articulando un nuevo pacto social.

Las derechas, hoy, reafirman su identidad y estilo combativo, a pesar de su carencia de una plataforma programática, más allá del libre mercado. Moviliza, hace uso profuso de las redes sociales —mucho mejor que la izquierda— y las *fake news*, utilizando los métodos de guerra psicológica cuando debe encender los miedos y atraer. Están luchando con todas las armas a su mano por defender lo máximo que puedan del paraíso que les legó la dictadura. Entre ellos hay muy pocos que aspiran a un verdadero cambio, que suponga erosionar los privilegios, negocios y prebendas que les proporciona un libre mercado a ultranza, desregulado. Como en tiempos de la Unidad Popular luchan y lucharán con todo, a pesar de que no tengo claro si cuentan con todas las armas como entonces.

Las nuevas izquierdas están bien golpeadas por el fracaso en la Convención Constituyente y como siempre peleadas internamente. Debiera aprenderse de los errores de la Unidad Popular y las divisiones que entonces se produjeron.

Son urgentes algunos puntos de encuentro, en cuestiones básicas, tanto en derechos humanos, económico-sociales y culturales para avanzar y evitar los derroteros autoritarios que ya vivimos en el siglo XX.

M. C.: Volvamos a la coyuntura de los cincuenta años del golpe de Estado ¿Cuáles son los problemas que vislumbra en las narrativas más establecidas sobre nuestra historia reciente, ahora por fuera del campo propiamente historiográfico? ¿Qué esperas tú de este nuevo momento social de reflexión histórica?

El profundo quiebre social y en las memorias existentes son importantes obstáculos para salir de la crisis actual y proyectarnos a futuro. Siguen predominando dos narrativas fundamentales, la que hace hincapié en la violación de derechos humanos y la que destaca los «logros económicos» y la modernización. Ese fue el slogan de la campaña del sí, en 1988, Chile un país moderno y ganador, que nunca ha asumido los altos grados de pobreza y desigualdad que provocó.

La violación de derechos humanos debe seguir siendo una narrativa importante, precisamente por su especificidad, ruptura con el pasado y dolor. No obstante, en este tema observo dos limitantes.

En primer lugar, está la relación de las derechas y sectores de centro con esta temática. Es una realidad que nadie niega, pero, en la práctica, el rechazo a esa situación está circunscrito a la existencia de un aparato estatal dirigido a eliminar enemigos internos y desaparecer personas. Una definición bien elemental de respeto por los derechos humanos, que no ha dado lugar a una cultura de los derechos humanos, que es otra cosa, de respeto por el/lxs otra/os, independiente de cualquier otro factor. La valorización de su calidad humana más allá de cualquier diferencia y, por tanto, de una forma de convivencia con lxs otrxs, de respeto, dignidad y no solo de no maltrato, con una subyacente fraternidad, por el hecho de ser humanxs. Esto no existe en Chile. La concepción restringida y ambivalente con los derechos humanos quedó plenamente en evidencia con la reforma educacional de fines de los años noventa y el derrotero que ha seguido: el rechazo original derechista a incorporar en los currículums y en textos escolares las violaciones ocurridas en dictadura, al extremo de confeccionar sus propios libros de texto en los municipios bajo su mano para ser distribuidos en los colegios públicos, sin recibir los confeccionados por el Ministerio de Educación. Para qué vamos a decir en la enseñanza privada. Con los años ese currículum se cambió, otro ministro quiso rebajar las horas de historia, etc., imponiendo una visión relativizadora respecto de lo sucedido.

Lo anterior, me parece, se liga con la forma en que se ha asumido la defensa de los derechos humanos por los distintos gobiernos posdictatoriales, especialmente los de la Concertación. El llamado *Informe Rettig*, sobre

represión con resultado de muerte y desaparición (Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, 1991), y el *Informe Valech* sobre represión política y tortura (Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, 2004) han sido importantes para sentar la violación de derechos humanos como un hecho, negado totalmente por los pinochetistas hasta la detención del general Pinochet en Londres, en 1998, cuando empezaron a abrirse a un diálogo. En 1991 el Ejército y la Armada rechazaron el Informe Rettig, acusando desconocimiento del contexto que llevó al «pronunciamiento», o cada vez que el gobierno proponía alguna política de derechos humanos, la derecha contraponía otra, tratando de igualar los uniformados muertos con las víctimas de la represión.

Se ha hecho mucho énfasis en los sitios de memoria. A mi entender, con lo importancia que ellos revisten y su necesidad, son insuficientes, toda vez que no convencen a los no convencidos, ya sea a los partidarios de la dictadura o a los indiferentes, y solo tienen significado para los ya convencidos, sin capacidad de ayudar a generar una cultura de derechos humanos.

Este relativismo de los derechos humanos quedó plenamente de manifiesto en la represión policial durante el estallido social de 2019 con lesiones oculares a cientos de jóvenes y abuso con las jóvenes en los retenes policiales, sin que el rechazo fuera universal y categórico, sino nuevamente se argumentaba que se trataba de excepciones, de personas y no instituciones.

Esto ha ocurrido, precisamente, porque lo que no se ha desarrollado es una «cultura de derechos humanos», debido, a mi juicio, a dos factores. En primer lugar, a que los informes sobre la represión, los sitios de memoria o las políticas de reparación parecen remitir a un problema del pasado —la dictadura—, que debe cerrarse, y no a una forma de relacionarnos y considerarnos. Más importante aún, estas políticas y discursos oficiales se contraponen a la cultura individualista, consumista y de desconfianza del otro que forjó la dictadura y fue, no solo consolidada, sino amplificada por la Concertación y la derecha. La continuidad neoliberal y del Estado subsidiario, que ocurrió, promueve el interés individual, la competitividad, la creencia en que las personas se hacen a sí mismas, individualmente, sin sentido de comunidad, provocando una atomización social. Esta cultura del «yo» fue reforzada con el discurso de la «seguridad ciudadana», que veía delincuentes en todas partes, que incitó la destrucción del barrio, cerrando las calles de rejas, para protegerse; todos los medios de comunicación desplegaron un discurso de temor, de sospecha respecto de otros, de aquellos de apariencia distinta. En la medida que la política crediticia facilitó el acceso a bienes, antes imposible, vía endeudamiento, reforzó el temor a la pérdida, a los otros y, como efecto, la indiferencia social, la defensa de lo personal. Esta cultura atenta contra una mirada más comunitaria y fraterna, donde los problemas de unos son de todos. Por eso, las violaciones de derechos humanos llevadas adelante por el gobierno de Sebastián Piñera el 2019, de violencia policial fuera de todo control, no produjeron un rechazo social unánime, porque se alimentaban de la misma indiferencia que se observaba en los años noventa respecto de la represión policial sobre estudiantes y algunos trabajadores que protestaban, o durante las manifestaciones de cada 11 de septiembre, que siempre terminaban con carros lanza aguas y bombas lacrimógenas. Finalmente, y tal como discursaba la dictadura, las personas piensan que las víctimas «algo habrán hecho», preguntándose por qué estaban allí, priorizando de manera implícita la privacidad de las vidas por sobre la acción en la esfera pública. La dictadura buscó apasionadamente destruir el tejido social y generar una sociedad de individuos, atomizados e indiferentes a los demás. La Concertación nada hizo para revertir esta política, sino al contrario, la reforzó, sin preocuparse de recuperar algún sentido de comunidad. Con todo lo importante que fueron las iniciativas como los informes Rettig y Valech, o las políticas de reparación y los sitios de memoria, han demostrado ser incapaces de revertir una cultura de la indiferencia y de aceptación de la violencia estatal tradicional, policial.

M. C.: Terminemos con la coyuntura política actual. El gobierno del presidente Boric —que reivindica abiertamente una identidad de izquierda— ya tiene ciertos lineamientos para abordar la conmemoración de los cincuenta años. Al parecer, el asunto iría por la transmisión de la memoria entre generaciones, el reconocimiento a los activistas de derechos humanos (y el juicio crítico ante sus violaciones por agentes del Estado) y la valoración de la democracia,

el diálogo y la convivencia pacífica. Algunos historiadores (desde conservadores, como Joaquín Fernandois, a «progresistas», como Manuel Gárate) han reaccionado críticamente contra lo que supuestamente sería un intento de implantar «historias oficiales». ¿Qué te parece lo que sabemos hasta el momento de la postura del gobierno? ¿Crees que debiera abstenerse de la conmemoración? ¿Cuál crees tú que es el rol de la comunidad historiográfica académica en esta coyuntura?

V. V.: Después de muchos años, este es un gobierno de izquierda, aunque haya tenido que incorporar a gente de la ex-Concertación, socialistas fundamentalmente. El presidente Gabriel Boric y el Frente Amplio representan a una nueva izquierda, en un contexto de reorganización del sistema de partidos, proceso en curso. Es una izquierda comprometida con la condena al golpe de Estado y la defensa de los derechos humanos, así como con el feminismo, la diversidad sexual y la defensa del planeta. Son generaciones formadas no solo bajo el «paraíso» neoliberal posdictatorial, con el endeudamiento estudiantil y su enorme desigualdad, sino también hijos de las reformas educacionales que, con todos sus ives y venires, incorporaron la historia reciente, cuyos profesores se formaron bajo el influjo de las nuevas corrientes historiográficas, se nutrieron de la Nueva Historia Política, la historia social y la historia reciente. El presidente Boric es un ávido lector de historia y también muchos grupos frenteamplistas. En el documento de conmemoración se definen como una generación pos Guerra Fría, formadas con las tecnologías de la información, integrante de la globalización, opositores tenaces del calentamiento global, y para quienes el género es un vector. Nacieron por fuera de los partidos que transaron con el proyecto dictatorial, con el cual no comulgan. En suma, no es extraño que deseen conmemorar los cincuenta años del golpe, al contrario, es consistente con su trayectoria. La anomalía sería abstenerse.

El argumento de que el país está demasiado tensionado para estar escarbando en viejas heridas no responde a la realidad, toda vez que estamos en pleno debate nacional, y la dictadura y su legado es lo que está en el centro. El proceso constituyente tiene como sentido poner coto a la Constitución pinochetista.

Respecto a la acusación de propender a una «historia oficial», no resiste análisis. El documento «Relato oficial de la conmemoración de los cincuenta años del golpe de estado de 1973 en Chile», emitido por el Ministerio de las Artes, la Cultura y el Patrimonio,¹⁰ es el resultado de una decisión del gabinete ministerial, reunido el 27 de enero pasado y apunta, como todos saben, a orientar las actividades que se desarrollarán. El documento explicita que el golpe rompió la tradición democrática del país, trayendo crímenes y crueldades, con las cuales aún hay deudas de verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición. Como todos sabemos, si bien no ha habido impunidad total, aún existen numerosas lagunas sobre el paradero de muchos detenidos desaparecidos y sus responsables. El secretismo que se cierne sobre la documentación, como mencionábamos antes, es una envoltura protectora de los responsables y sus colaboradores. La violencia estatal del gobierno derechista de Sebastián Piñera contra el pueblo mapuche y durante el estallido social, ofrecen sostén a los temores de escaso compromiso con los derechos humanos y garantía de no repetición de parte de sus partidarios. La conmemoración, inevitablemente, con el gobierno o sin él, traerá el pasado de vuelta, con estallidos de memoria. Es lo que temen.

Porque, en concreto, el documento del gobierno es un llamado al compromiso con la democracia, la memoria, la creatividad y los derechos humanos. Hace una convocatoria explícita al diálogo, a todos los sectores, como un reconocimiento de quienes ayudaron a los perseguidos, defendiendo la convivencia democrática y el apoyo internacional. ¿Qué podemos criticar de esto? ¿La defensa de la democracia? ¿El llamado al diálogo? ¿Conmemorar los cincuenta años para que «de sus lecciones sea posible imaginar futuros con más justicia y democracia», como reza el documento? ¿No debe llamar a eso? ¿Cuál debería ser su narrativa? ¿el

¹⁰ N. del E.: Se trata de un documento de circulación interna del gobierno que fue filtrado a la prensa. <https://www.elmostrador.cl/destacado/2023/03/03/gobierno-difunde-internamente-relato-oficial-sobre-conmemoracion-de-los-50-anos-del-golpe-de-estado/>

silencio? Durante su mandato, Sebastián Piñera también llamó a conmemorar los cuarenta años del golpe: «¿Lo vamos a recordar? —dijo entonces—, por supuesto que sí... no podemos resucitar a los muertos ni recuperar a los desaparecidos. Pero sí tenemos que hacer lo que esté a nuestro alcance para avanzar en materia de verdad y reconciliación»,¹¹ y él encabezó el acto oficial de conmemoración de los cuarenta años. Verdad es a lo que llama el actual presidente de la república, Gabriel Boric, no así a una reconciliación que se entienda como sinónimo de ocultamiento y silencio.

El llamado es a «las memorias», no «la memoria».

Considerando la situación que vive Chile hoy, el llamado del presidente Boric es muy atingente: «Si las fuerzas que terminaron la democracia ese 11 de septiembre de 1973 parecen ahora lejanas, diariamente constatamos la irrupción de nuevas corrientes que la acechan. Esta es, también, por tanto, una ocasión para reflexionar acerca de los riesgos y amenazas que ella sufre en la actualidad, y renovar nuestro absoluto compromiso democrático». El «relato oficial» es un recordatorio de los peligros de entregarse de lleno a la guerrilla política, la cual también pavimenta los golpes y los crímenes. Insiste en un llamado a comprometerse de verdad con la democracia.

El gremio de historiadores conmemorará los cincuenta años con un seminario, organizado por distintas universidades, que se realizará a fines del mes de agosto, ni siquiera en septiembre. Seguramente, habrá una amplia participación, con la presencia de muchas/os investigadores jóvenes. Ojalá se observe claramente el protagonismo de las nuevas generaciones y puedan ir articulando nuevas narrativas de nuestro pasado reciente, sin olvidar los elementos centrales del pasado, pero con los ojos en el futuro y los pies en el mundo en que habitan. Este debe ser el tiempo en que «otros hombres/mujeres superen ese momento gris y amargo», que fue el 11 de septiembre de 1973, como vaticinó, en su último discurso, el presidente Salvador Allende. Ya es tiempo, ¿no?

Referencias bibliográficas

- ÁGUILA, G. (2023). *Historia de la última dictadura militar. Argentina, 1976-1983*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- ALBORNOZ, C. (2014). La experiencia televisiva en el tiempo de la Unidad Popular. La caldera del diablo. En J. Pinto Vallejos (Ed.), *Fiesta y drama. Nuevas historias de la Unidad Popular*, 161-192. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- ÁLVAREZ VALLEJOS, R. (2003). *Desde las sombras: una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- AYLWIN, M., BASCUÑÁN, C., CORREA, S., GAZMURI, C., SERRANO, S., y TAGLE, M. (1985). *Chile en el siglo XX*. Santiago de Chile: Emisión.
- BASTÍAS SAAVEDRA, M. (2013). *Sociedad Civil en Dictadura. Relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile (1973-1993)*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- BENAVENTE URBINA, A. (1982). *La alternativa nacionalista en el régimen militar*. Santiago de Chile: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos.
- BENAVENTE URBINA, A., y ARAYA, E. (1981). *La derecha política chilena y el régimen militar*. Santiago de Chile: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos.
- CASALS, M. (2023). *Contrarrevolución, colaboracionismo y protesta. La clase media chilena y la dictadura militar*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (1991). *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*. (Vol. 1-2). Santiago de Chile: Secretaría de Comunicación y Cultura, Ministerio Secretaría General de Gobierno. <http://bibliotecadigital.indh.cl/handle/123456789/170>
- Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura. *Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*. Santiago de Chile: Ministerio del Interior, 2005.
- CORREA, S. (2005). *Con las riendas del poder: La derecha chilena en el siglo XX*. Santiago de Chile: Sudamericana.

11 Piñera reflexiona... (2013).

- DONOSO, K. (2019). *Cultura y dictadura. Censuras, proyectos e institucionalidad cultural en Chile, 1973-1989*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- DRAKE, P. W. (1978). *Socialism and Populism in Chile, 1932-52*. Urbana: University of Illinois Press.
- DRAKE, P.W. (1992). *Socialismo y populismo: Chile, 1936-1973* (Trad. F. Livacic). Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- FERMANDOIS, J. (1985). *Chile y el mundo: 1970-1973: la política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- GARCÉS, M. (2002). *Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- GÓMEZ LEYTON, J. C. (2004). *La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile, 1925-1973*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- GÓNGORA, M. (1981). *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: La Ciudad.
- GREZ, S., y SALAZAR, G. (Eds.). (1999). *Manifiesto de los historiadores*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- GREZ-COOK, F. (2022). El hispanismo en las mujeres chilenas: las influencias franquistas en la Secretaría Nacional de la Mujer (Chile 1973-1989). *Izquierdas*, 51, 3400-3421. <https://doi.org/10.4067/S0718-50492022000100212>
- HUNEUS, C. (2000). *El régimen de Pinochet*. Santiago de Chile: Sudamericana.
- JOCELYN-HOLT, A. (1998). *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*. Santiago de Chile: Planeta-Ariel.
- KLEIN, N. (2007). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Paidós.
- LOVEMAN, B. (1976). *Struggle in the Countryside: Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973*. Bloomington: Indiana University Press.
- MALDONADO, C. (1988). *La Milicia Republicana. Historia de un ejército civil en Chile, 1932-1936*. Santiago de Chile: Servicio Universitario Mundial, Comité Nacional Chile.
- MATAMOROS FERNÁNDEZ, C. (2017). Profesores comunistas y sindicalismo docente en la lucha antidictatorial, Chile 1981-1987. *Izquierdas*, (32), 203-234. <https://doi.org/10.4067/S0718-50492017000100203>
- PASSMORE, L. (2023). *Las guerras dentro de los cuarteles. Recordando el servicio militar durante la dictadura en Chile*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- PÉREZ CONTRERAS, A. (2016). *La UDI tras el telón. Agitación social, lavinismo y clientelismo. El caso de Reginato en Viña del Mar*. Valparaíso: América en Movimiento.
- PÉREZ CONTRERAS, A. (2020). Clientelismo en Chile. Historia presente de una costumbre política. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- PINTO, C. (2006). *UDI. La conquista de corazones populares (1983-1987)*. Santiago de Chile: A & V.
- PINTO VALLEJOS, J., y VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. (2001). ¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrisismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- PINTO VALLEJOS, J., y VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. (2009). ¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Piñera reflexiona sobre el 40.º aniversario del golpe militar desde La Moneda. (2013, setiembre 9). *BBC News*. Recuperado de https://www.bbc.com/mundo/ultimas_noticias/2013/09/130909_ultnot_chile_pinera_discurso_conmemoracion_aniversario_jrg
- ROJAS SÁNCHEZ, G. (1998). *Chile escoge la libertad. La presidencia de Augusto Pinochet* (Vols. 1-2). Santiago de Chile: Zig-Zag.
- SALAZAR, G. (1985). *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago de Chile: Sur.
- SALAZAR, G. (1990). *La violencia política popular en las «grandes alamedas». Santiago de Chile 1947-1987: una perspectiva histórico-popular*. Santiago de Chile: Sur.
- SEGUEL GUTIÉRREZ, P. (2022). *Soldados de la represión. Anticomunismo, Seguridad Nacional y contrasubversión en las Fuerzas Armadas chilenas, 1970-1975*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- SEGUEL ROJAS, F. A. (2011). *La despinochetización del Ejército de Chile. Doctrina Cheyre: profesionalismo, modernización y pensamiento político* (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Santiago de Chile, Santiago de Chile).
- SEGUEL ROJAS, F. A. (2016). Un Ejército para la paz. Las bases para el cambio doctrinario en el Ejército de Chile (2002-2006). *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, 11(1), 219-238. <https://doi.org/10.18359/ries.1376>
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. (1992). *La Milicia Republicana: los civiles en armas, 1932-1936*. Santiago de Chile: DIBAM-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. (1996). *Camino al golpe: el nacionalismo chileno a la caza de las Fuerzas Armadas* Santiago de Chile: Dirección de Investigación - Universidad Católica Blas Cañas.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. (1997). Nacionalismo, ibañismo, Fuerzas Armadas: línea recta y el ocaso del populismo. *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, 25(116), 1-41.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. (2003). *El golpe después del golpe. Leigh vs. Pinochet. Chile 1960-1980*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. (2008). *Nacionales y gremialistas. El «parto» de la nueva derecha política chilena, 1964-1973*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. (2010). ¡Estamos en guerra señores! El régimen militar de Pinochet y el «pueblo», 1973-1980. *Historia*, 43(1), 163-201.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. (2015). Pinochetismo e guerra social no Chile (1973-1989). En R. P. Sá Motta (Ed.), *Ditaduras Militares. Brasil, Argentina, Chile e Uruguai*, 121-142. Belo Horizonte: Editora Universidade Federal de Minas Gerais.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. (2017). *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1938)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. (2018). Gritos, susurros y silencios dictatoriales. La historiografía chilena y la dictadura pinochetista. *Revista Tempo e Argumento*, 10(23), 167-203.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. (2021). *Pisagua, 1948. Anticomunismo y militarización política en Chile*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V., ÁLVAREZ VALLEJOS, R., y DONOSO, K. (2012). *La alcaldización de la política: los municipios en la dictadura pinochetista*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V., ÁLVAREZ VALLEJOS, R., PINTO VALLEJOS, J., DONOSO, K., y Leiva, S. (2014). *Su revolución contra nuestra revolución. La pugna marxista-gremialista en los ochenta*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V., PINTO VALLEJOS, J., y ÁLVAREZ VALLEJOS, R. (2006). *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V., PINTO VALLEJOS, J., GATICA PINTO, T., DONOSO, K., y LEIVA, S. (2023). *Populismo en Chile. De Ibáñez a Ibáñez*. (Vol. 1-3). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- WINN, P. (1986). *Weavers of Revolution: The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*. Oxford: Oxford University Press.